

MISA CRISMAL

Catedral de La Habana, 22 de marzo de 1991

Queridos hermanas y hermanos:

Nuestra celebración de la Misa Crismal, como cada año, nos convoca desde distintos lugares de nuestra Arquidiócesis para rodear el altar del único y verdadero sacrificio, el del Cordero Inmolado por los pecados del mundo. Cercana la Fiesta de la Pascua, en la que toda la Iglesia celebra el triunfo de Cristo sobre las tinieblas de la muerte, somos invitados a recoger, en espíritu de acción de gracias, los frutos que brotaron del árbol de la cruz para colmar de vida a los seguidores de Jesús a través de todos los tiempos y en cualquier lugar de la Tierra.

Los aceites que bendeciremos solemnemente en esta Liturgia, como las aguas del Bautismo y el pan y el vino de nuestra Eucaristía, se hacen portadores de salvación, o aun presencia real de Cristo, por la fuerza del Espíritu que Nuestro Salvador había prometido a los Apóstoles en la Última Cena y que solo vendría a nosotros «cuando Él se hubiera ido», es decir, cuando hubiera hecho su retorno al Padre a través de la ofrenda de su vida en la Cruz. Por esto, en la Semana Santa exaltamos la Cruz gloriosa de Nuestro Redentor y en el amanecer de la Pascua, Cristo Resucitado nos muestra las heridas de sus manos y sus pies y su costado abierto. Porque ni su Cruz fue un fracaso ni su resurrección algo parecido a la revancha; sino que constituyen, ambas, dos facetas de una misma ofrenda, hecha por Jesús el Viernes Santo, aceptada y corroborada por el Padre ante todos los creyentes en la aurora de aquel primer domingo de la era cristiana, y revivida una y otra vez por nosotros «cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz», cumpliendo lo que Él nos mandó hacer en conmemoración suya.

En la fuerza del Espíritu, Jesucristo había comenzado su misión de «dar la Buena Noticia a los pobres, anunciar a los cautivos la libertad, a los ciegos la vista... dar libertad a los oprimidos... y anunciar el año de gracia del Señor». Ese fue justamente el pasaje del profeta Isaías que encontró Jesús al desenrollar el libro aquel sábado en la sinagoga de Nazaret a donde, como de costumbre, había ido y, al leerlo, proclamó a sus vecinos y amigos que ya en él, y desde ese momento, se cumplía la Escritura que acababan de oír.

Mas también debían cumplirse para todos los redimidos las palabras del profeta Joel cuando anuncia que «Así dice el Señor Dios: Derramaré mi espíritu sobre toda carne: profetizarán vuestros hijos e hijas... También sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días...». El Espíritu, que estaba en plenitud en Cristo, es derramado abundantemente sobre todos los discípulos en virtud de la ofrenda de la Cruz del Señor que el Padre acepta amorosamente. Para poder situarnos ante Dios en estado de reconciliación y ser capaces de ofrecerle una auténtica alabanza, Él nos «ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre».

En su carta a los sacerdotes para el Jueves Santo de este año, el Papa Juan Pablo II dice que la relación existente entre la Última Cena y Pentecostés es puesta de relieve por Jesucristo al prometer a sus apóstoles, al despedirse de ellos en el Cenáculo, el Espíritu Santo Consolador. Los apóstoles fueron desde el inicio conocedores de que en ellos, especialmente, se daba la acción del Espíritu para la Construcción de la Iglesia, como se demuestra después en los Hechos de los Apóstoles, cuando imponían las manos para conferir los ministerios que miraban a la presidencia y cuidado de la comunidad.

Queridos hermanos sacerdotes: nosotros tenemos, por la imposición de las manos de los sucesores de los apóstoles, una especial unción del Espíritu Santo que nos hace servidores del Pueblo de Dios a título especial y de modo exclusivo. Somos sacerdotes del Señor, quien nos ha ungido y enviado como portadores de la noticia de la salvación a todos los hombres. Pero lo somos dentro de un pueblo de enviados, un pueblo sacerdotal que ha recibido también una efusión del Espíritu para ser testigo del Señor y mensajero de la Buena Noticia que Él confía no solo a sus sacerdotes, sino a todos sus seguidores.

El tema del envío domina la Liturgia de la Palabra en esta Celebración. Cristo se presenta como enviado por el Padre y este envío será, en el momento de su despedida, el modelo adecuado y perfecto de la misión que Él confía a los apóstoles: «Como el Padre me ha enviado, así yo los envío». De este modo, los hombres que habían estado con Jesús y que le eran cercanos, al punto de ser llamados «amigos» por el Maestro, comprenden claramente que la llamada de Jesús, junto al lago de Tiberíades o en el cruce de un camino, no era únicamente cumplida como respuesta plena estando con Él, sino que ahora, cuando era necesario que Él se fuera, el modo de ser totalmente suyo era el de partir «hasta los confines de la tierra», pues solo así el Señor parecía estar dispuesto a cumplir su promesa: «Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo».

Era necesario ponerse en movimiento, buscar la frontera inalcanzable de una humanidad convocada toda a la salvación. Porque Jesucristo no les confiaba a sus apóstoles pequeñas comunidades de iniciados que Él hubiera fundado. La identidad de estos constructores de la Iglesia no viene dada por su relación de servicio a un grupo determinado al frente del cual los hubiera situado el Maestro, sino que TODO el grupo, toda la comunidad de seguidores, es situada frente al horizonte casi infinito del «mundo entero»: es TODA la Iglesia la que es enviada a TODO el mundo.

Solo alargando las prospectivos de la conciencia eclesial hasta que se sitúe la Iglesia de cara al mundo vasto y siempre por evangelizar, comprenderemos nosotros, obispos y sacerdotes, cuál es nuestra verdadera identidad de pastores, pues ustedes, queridos presbíteros, no pueden reconocerse en una misma e idéntica figura sacerdotal, si se sienten pastores de una iglesia bien enmarcada y constituida o si se descubren como ministros de una iglesia misionera, que se descubre a la vez a sí misma en su relación con el mundo y con la historia que hay que transformar por el Evangelio.

Si se sitúa al presbítero dentro de la comunidad y se entiende esta –como ha sucedido en Cuba sobre todo en estos años como una Iglesia delimitada, en la cual los ministros ordenados desarrollan un servicio pastoral en favor de los creyentes, los rasgos de identificación del presbítero quedan constituidos por su relación con SU comunidad, con su obispo, con el presbiterio, ahora con los diáconos y también con la Iglesia universal. Pero, si se piensa en el pastor de una Iglesia toda ella misionera, que se sabe plantada en medio del mundo y de cara a él para anunciarle una Buena Noticia que ha recibido de su Señor, las coordenadas de la identificación del presbítero y la vivencia de su espiritualidad serán las mismas de la misión de la Iglesia con toda su riqueza y la atracción de esta figura sacerdotal, la de un constructor de la sociedad según el Evangelio de Jesucristo, de un impaciente e incansable sembrador de verdad y de valores, de un itinerante del amor, será irresistible para muchos jóvenes de dentro y de fuera de la Iglesia, que desearán orientar sus vidas según este modelo, como sacerdotes de verdadero Dios.

Bajo el empuje de una conciencia de la misión, recobrada como constitutivo esencial, la Iglesia se percata, cada vez más, de que el Pueblo de Dios no es «destinatario», sino «sujeto» de la misión. De este modo, el presbítero toma también conciencia de estar al frente no de una comunidad receptora de sus enseñanzas, organizada para que sus

miembros cumplan mejor sus deberes de cristianos; sino de una porción del pueblo de Dios en marcha misionera. Y será el pastor el auténtico dinamizador de este andar, el que organiza con toda la comunidad la misión de cara al mundo, porque la misión es única y está compartida por todos los fieles y fundada sobre el único sacerdocio de Cristo. A partir de esta base común se ramifican los diversos ministerios. Pero ni el diácono ni el presbítero ni el obispo pueden dejar a un lado su sacerdocio bautismal, que nos pone a todos frente al mundo por evangelizar con responsabilidades concretas respecto a todos los hombres. Se trata de ampliar nuestro horizonte para transformar cada vez más nuestro ministerio pastoral en un ministerio misionero.

Queridos presbíteros: hoy, al renovar sus compromisos sacerdotales, que no son otra cosa que una reafirmación de su disponibilidad de poner toda su vida al servicio del pueblo de Dios en la castidad, la sencillez de vida y la obediencia eclesial, les suplico que levanten sus ojos hacia los campos inmensos del mundo, listos para la siega, donde siempre faltan trabajadores. Ensanchen hasta los límites de la increencia, de la indiferencia, de la desesperanza, del vacío existencial, de la ausencia de Dios, el horizonte de la misión que el Señor les ha confiado junto con toda la Iglesia, y entonces también se ensancharán vuestros corazones y habrá gozo espiritual, el gozo de la misión, y «nadie podrá arrancarles esa alegría». Porque la felicidad del apóstol brota de la conciencia de la grandeza en extensión y en profundidad de su misión y se nutre paso a paso de los consuelos que el Señor da a los suyos cuando palpamos la acción del Espíritu en los corazones de los hombres y mujeres que parecían distantes y se acercan a Dios. «Miren, vienen de lejos, traen a sus hijos en brazos...»

Esta espiritualidad del presbítero o del obispo no puede estructurarse prescindiendo del mundo y de la incidencia que ese mundo tiene sobre nuestra misión. Pero no son las coordenadas políticas y socio-económicas las únicas que conforman la realidad ante nuestros ojos de pastores. Ese mundo, esos hombres y mujeres, hermanos nuestros, con sus penas y preocupaciones concretas, que son también nuestras, es el vasto campo donde se siembra la semilla del Reino de Dios que yo y tú podemos dejar caer donde, sin duda, hay también mucha cizaña, pero donde la fuerza infalible del Espíritu hace posible la germinación. Repito, en la misión está la alegría del pastor y sin alegría no hay espiritualidad ni vida interior.

Pensar hoy en un pastor de Iglesia que constituya su vida interior solo sobre la red de relaciones que él tiene con las componentes internas de su comunidad significa un anacronismo. El ministro ordenado es hoy el pastor de una comunidad a la cual ayuda a tomar conciencia de su presencia en medio del mundo y a la que guía espiritualmente en el dinamismo de la misión que ella tiene y que debe desplegar incesantemente.

Por tanto, no hay más que un solo modelo que se impone indiscutiblemente a todo presbítero: el modelo apostólico. En él encuentra el presbítero de hoy su identidad, primeramente, en aquella tensión hacia un mundo que nos queda por delante sin evangelizar, sin conocer aún la Buena Noticia de la Salvación. Esta tensión es santa (a diferencia de otras «tensiones»), porque está inscrita en el destino universal del Evangelio que Jesucristo nos ha confiado. El modelo apostólico lo realiza además el presbítero por su singular relación con la comunidad, pues él ha recibido, por su ordenación, el don de conservar en ella no solo la fidelidad al mensaje apostólico, sino también la tensión apostólica de todos los que la integran. El modelo apostólico hace que el presbítero, en lugar de estar en el corazón de la Iglesia como guardián del mensaje, esté situado más bien en la frontera entre la Iglesia y el vasto mundo por Evangelizar, yendo como el Buen Pastor delante de sus ovejas. Si él estuviera en el centro, todos lo rodearían para protegerlo, si va delante, él pone su vida por las ovejas.

Por el carisma apostólico, el presbítero, de modo parecido a los primeros apóstoles, es fundador de iglesias. No solo cuando crea nuevas comunidades de base o tiene la posibilidad de abrir un nuevo templo u organizar con un grupo nuevo de cristianos un centro de culto y oración en alguna casa, sino también cuando por la incorporación de nuevos catecúmenos, por la catequesis de los menores bautizados, por el retorno de los alejados, va reengendrando continuamente a la Iglesia. Esta especial relación del pastor con su comunidad la expresaba San Pablo escribiendo a los Corintios: «Ustedes podrán tener incluso diez mil maestros en Cristo, pero no muchos padres, porque soy yo quien los ha engendrado en Cristo Jesús» (1 Co 4, 15).

Por eso, el espíritu de paternidad ha determinado siempre la espiritualidad del presbítero y del obispo. En la disciplina antigua de la Iglesia no se concebía una ordenación válida si no estaba destinada al servicio de una comunidad concreta.

En el momento de renovar gozosos nuestros compromisos apostólicos, ¿cómo debemos proponernos también una ascesis que purifique continuamente nuestra relación con la comunidad!: en el ejercicio de la autoridad, en la capacidad de compartir tareas y responsabilidades, en la promoción del laicado, en el olvido de nosotros mismos, para que la comunidad quede fundada únicamente sobre el Señor Jesús. Solo así podremos escuchar con un corazón sosegado el merecido apelativo de «Padre», que nos tributan los hijos de la Iglesia y casi todo nuestro pueblo.

Pero para llevar a cabo este programa de vida apostólica es imprescindible que el ministerio del presbítero no se quede cerrado en la dimensión de su comunidad, sino que se complemente en la relación con el presbiterio, con el obispo y con la Iglesia universal. Para cumplir todo este proyecto, queridos hermanos sacerdotes, ustedes y yo confiamos en la fuerza del Espíritu, con el cual fuimos ungidos el día de nuestra ordenación. En Él nos sentimos capaces y confiados para renovar nuestros compromisos sacerdotales en esta hora en que el Papa Juan Pablo II convoca a la Iglesia a una Nueva Evangelización y cuando los obispos de Cuba hemos puesto, en manos de la Iglesia que vive en nuestro país, un plan pastoral centrado en la Evangelización de nuestro pueblo. Que nuestra docilidad a la acción de Dios reavive en nosotros los dones de nuestro sacerdocio.